

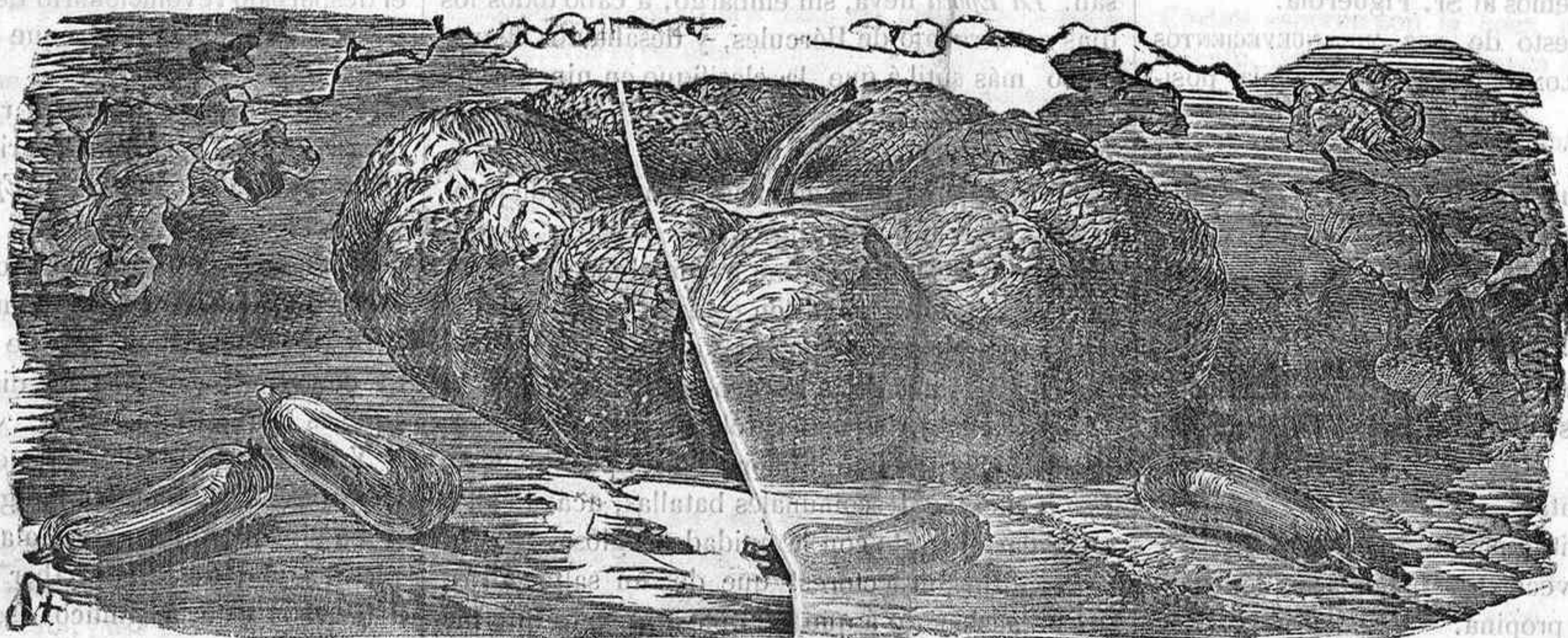
SUSCRICION.

MADRID.

Un mes..... 4 rs.
 Un trimestre..... 10
 Un siglo..... 3200

PROVINCIAS.
 Trimestre..... 12 rs.

EXTRANJERO Y ULTRAMAR
 Tres meses... 30 rs.



SE SUSCRIBE

En la Administracion,
 calle del Molino de Vien-
 to, 13, principal, y en
 las principales librerías.

REDACTORES:

Todos los españoles.

DIRECTOR:

D. José E. AMIROLA.

NUMERO SUELTO,
 Cuatro cuartos.

LA GORDA,

PERIÓDICA LIBERAL.

ESTE PERIÓDICO SALDRÁ (SI EL TIEMPO LO PERMITE) SEIS VECES AL MES.

LA CUENTA.

La revolucion de Setiembre, viéndose próxima á ser despedida del país, ha presentado su cuenta.

Al contemplar la insolente serenidad con que el Sr. Figuerola acumulaba partida sobre partida, gastos reducibles é irreducibles, intereses de la deuda y disminucion de los ingresos, en la Memoria que para ahuyentar el sueño de los constituyentes leyó el martes por la noche en la Asamblea, su autor se nos aparecía bajo las diversas formas.

De un mayordomo de casa grande que se frota las manos de gusto al contemplar la ruina de su dueño.

De un mozo de fonda que secretamente se complace en la sorpresa que va á causar al parroquiano la suma total de la nota que le presenta.

De un tutor astuto que se recrea con la confusion de su pupilo cuando le anuncia el primer día de su mayor edad, que sus anticipos han consumido el capital.

Pero todas estas formas se reducen á una sola, que no tiene fondo.

La forma que ha tomado la Hacienda en manos del Sr. Figuerola.

O lo que es igual:

A OCHOCIENTOS MILLONES de déficit, que se convertirán en MIL MILLONES al concluir el próximo ejercicio.

Si los contribuyentes lo llevan con paciencia, este será un ejercicio piadoso.

El ministro de Hacienda no es capaz de hacer nada; pero si alguna vez hace algo, no sabe hacerlo á medias; y así al presentar los aterradores datos en que se descompone el total de gastos, ha tenido la consoladora idea de dividirlos en *irreducibles y reducibles*.

Los primeros, casi llegan á DOS MIL MILLONES, consumidos en su mayor parte por la deuda pública.

Los segundos, apenas pasan de *mil*, y entre ellos se encuentra la limosna de las cargas de justicia y clases pasivas.

La primera parte de esta maravillosa division comprende los intereses de la deuda aumentada por el Sr. Figuerola, en lo que significan los intereses de dos MIL MILLONES de empréstitos hechos á condiciones que solo él sabe.

La segunda, en cambio, comprende varios servicios declarados inviolables por el Sr. Figuerola, entre los que se encuentra el flaco servicio que le está prestando al país con *ese* ministro de Hacienda.

Así, pues, en esta division, el único que resulta verdaderamente dividido es el país.

Pero ello es que hay gastos reducibles.

No es reducible la deuda, antes bien habrá que aumentarla con los intereses de otro nuevo empréstito, para enjugar esas OCHOCIENTAS lágrimas de á millon cada una con que llora su desnivel el presupuesto de la revolucion.

No es reducible el gasto de empleados, porque siendo empleados revolucionarios, si no gastasen serian completamente inútiles.

No es reducible el ejército, so pena de que se reduzca al general Prim á su verdadera condicion de cabo suelto.

No es reducible la marina, porque es necesario conservar á flote las tablas salvadoras del Sr. Topete.

¿Qué queda, pues, además de la vergüenza de los españoles, digno de ser reducido?

Oigamos al Sr. Figuerola:

«Los gastos reducibles en un porvenir próximo son las clases pasivas y las cargas de justicia.»

¡Gracias á Dios que ya encontró materia en qué encarnar el espíritu económico del ministro de Hacienda!

¡Las clases pasivas! Efectivamente, ¿con qué derecho pretenden estas privilegiadas clases no ser reducidas á la indigencia?

¿Se comprende que en estos tiempos de febril agitacion y de actividad revolucionaria haya siquiera clases pasivas?

¿Son acaso voluntarios de la libertad esas inso-

lentes clases pasivas? ¿Son catalanas, por ventura? ¿Son concejales? ¿Son republicanas? ¿Son siquiera ateas?

Pues entonces, ¿por qué no han de ser reducidas?

Llega la revolucion de Setiembre, y mientras todo español corre á la pelea en busca de un empleo, hay empleados encanecidos en el servicio que no se mueven de sus puestos.

¡Y aun pretenden estos hijos ingratos que la revolucion se contente con dejarlos cesantes!

Brota la generosa idea de la regeneracion de la patria en la bahía de Cádiz, el brigadier Topete vuela en la Santa Bárbara de su conciencia sus escrúpulos caballerescos, lanzando el grito de ¡honra! en el entrepunte de la *Zaragoza*.

¡Y pretenden cobrar sus pensiones los veteranos de Trafalgar y de América!

¡España se trasforma en Alcolea, y ha de pagar tributo á los héroes de Bailén y de Almansa!

¡Abajo las clases pasivas!

¡Abajo tambien las cargas de justicia!

La justicia es una carga insoportable para los hombres de Setiembre.

El presupuesto actual aparece con un déficit de OCHOCIENTOS MILLONES que, sin pronunciarse, ascenderán á MIL dentro de poco.

El presupuesto actual ofrece sobre el pasado un aumento de TRESIENTOS TREINTA Y TANTOS MILLONES.

Es preciso hacer economías.

Pero á todo acude el Sr. Figuerola.

En el ministerio de Hacienda ha economizado TREINTA Y SEIS MILLONES, suprimiendo la contribucion de consumos que producía más de TRES-CIENTOS.

En el de la Guerra ha suprimido veinte millones, añadiendo treinta y cuatro al de Marina.

Doce millones de ahorro en Gracia y Justicia y once en Gobernacion, los ha compensado con treinta y tantos millones concedidos al ministerio de Fomento.

Pero no calumniemos al Sr. Figuerola.

En este presupuesto de DOS MIL NUEVECIENTOS OCHENTA Y SIETE MILLONES, hay una economía positiva.

Prepárense Vds.

Un millón DIEZ MIL OCHOCIENTOS VEINTE Y SIETE REALES, que cobraba injustamente en virtud de una carga de justicia el infante D. Sebastian.

La comida es mala, el vino ágrico, la sala súa, los manteles gordos, los convidados reniegan del fondista.

—¡Mozo, la cuenta!

—Allá vá, señorito.

—Dos mil novecientos ochenta millones es justo, sin contar la propina.

—¿Propina?

—¡Qué menos me han de dar Vds. que trece millones para un mal regente!

O lo que es igual:

TRES MIL MILLONES.

SEGUNDA ÉPOCA.

La Epoca sigue atreviéndose con los neo-católicos, y haciendo guiños á la revolucion.

Este diario, que sale cuando el sol se pone, acaba de descubrir, á fuerza de investigaciones abstrusas, que los verdaderos homicidas de la unidad religiosa son..... los neo-católicos.

Los cucos que salen de su agujero por la noche tienen obligacion de cantar cosas nuevas.

¿Cómo me arreglaría yo para no ser periódico satírico y libelo por añadidura?

¿De qué artimaña me valdría para que un periódico grave como *La Epoca* se dignase probar las insinuaciones que deja caer, como al descuido, en alguno de los pocos párrafos que no espiga en la heredad ajena?

Me parece que oigo esta contestacion:

—Eso de probar es de cocineras vulgares, y yo tengo la conciencia de mis guisados. Sí, señor; los neos tienen la culpa de que haya naufragado la preciada unidad religiosa de los españoles. Ahora que está enterrada, no se dirá que la adulo.

¡Misterio de ultra-tumba! ¡*La Epoca* amaba la unidad religiosa! ¡Ella, que no ha quemado un solo cartucho en su defensa! Ella, que siempre que trataban de asuntos religiosos los constituyentes, les excitaba con tono desdeñoso á que se ocupasen de cuestiones prácticas y de utilidad! ¡*La Epoca*, en cuyas mejillas trufadas se dibujó siempre la sonrisa volteriana, guardaba esta pasión secreta!

¡Lléveme ella si lo entiendo!

¡Oh españoles ignorantes! Si en lugar de protestar y de combatir como cristianos, os hubiérais cruzado de brazos y os hubiérais reído como *La Epoca*, la unidad religiosa se habría salvado.

Pero aun tenía *La Epoca* algo más que hacer por la fé de nuestros mayores. La revolucion ha abofeteado el catolicismo, y *La Epoca* sale valientemente á su defensa, levanta la mano..... y la deja caer sobre la mejilla de los católicos.

Cómo ha de ser. Los católicos no se hallan dotados de la potencia de disimulo que distingue á nuestra ¿quién lo diría? correligionaria. La empresa de espaciar diariamente sus ideas durante veinticinco ó treinta años en unas sábanas de papel, sin dejar escapar el secreto de sus opiniones, no está al alcance de pobres bobalicones, que aspiran, por el contrario, á no dejar duda acerca de lo que pien-

san. *La Epoca* lleva, sin embargo, á cabo todos los días este trabajo de Hércules, y desafiamos al analítico más sutil á que la clasifique en ninguna de las especies y familias políticas y religiosas conocidas hasta el día.

Se dirá que esta es carencia de ideas y de principios. Pues lo mismo digo yo.

Por eso sus números me hacen el efecto de las sábanas del desierto. Si en este desierto salta de cuando en cuando algun ser viviente, únicamente deben guardarse de él los neo-católicos.

Si por cierto: los neo-católicos, que no contentos de haber perdido la monarquía, por quien *La Epoca* riñó tan descomunales batallas, acaban ahora de dar al traste con la unidad religiosa.

Permitid ¡oh lectores! que dé un salto atrás, acto reaccionario á que me obliga el gato que me ha soltado *La Epoca*.

¿Os acordais de 1854?

También entonces la revolucion, repitiendo con obediencia berreguil la consigna de las lógias de París y Londres, aulló la libertad de cultos.

¿Creís, sin duda, que se debe á la agitacion promovida por los llamados neo-católicos en la prensa y en el Parlamento, el que la libertad de cultos no haya sido decretada en España quince años ha?

Pues estais en un error.

El silencio de *La Epoca* fué quien nos salvó. Entonces como ahora, y como siempre, no dijo *La Epoca esta religion es mia*, y catad hecho el milagro.

La Epoca no dice nunca eso, porque eso no es práctico.

Un periódico sagaz y que siente crecer la yerba, dice solo lo que basta para poder vivir con todo el mundo menos con los neos, que hasta ahora no han tenido embajadas que dar, ni fusiles que distribuir.

Podrán muchos tontos eminentes sostener que la cuestion religiosa es la verdadera cuestion del siglo XIX; pero en la redaccion de la calle de las Torres no hay ningun libro que diga eso. En cambio hay uno que asegura que son muchos los españoles que gustan de atracarse de política buena ó mala, como de pepinos.

Recuerdo que durante el bienio, *La Epoca* se opuso á los conatos de secularizar el matrimonio, que ya entonces se manifestaron; pero (el fuerte de *La Epoca* son los peros) sin renunciar «á que llegase un día en que el matrimonio civil, sin menoscabo del principio religioso, fuese posible en España.»

Averigüe Vd. la manera de amputarse una pierna, sin menoscabo de la integridad de sus miembros, y tiene Vd. resuelto el problema.

Con estas fórmulas se salvan los grandes principios, y no hay que decir que para *La Epoca* el principio religioso es respetable hasta todos los puntos posibles.....

Solo que no es práctico.

Considerando que estamos en la época de los escudos, no sería ocioso averiguar cuál es el escudo de *La Epoca*.

Si el general Prim tiene en el suyo honor y lealtad, la empresa de *La Epoca* debe ser mi Dios y mi rey.

Intacto y virgen tiene el suyo *La Epoca*; sepamos cuál es su Dios y su rey, ahora que la revolucion nos ha dejado sin el uno y sin el otro.

Pero ¡bah! esas son honduras impropias de un hombre práctico. *La Epoca* no es un periódico, es un oficio. Hace política como otros hacen sogá; pero por lo mismo debería tener más presente que

el desparpajo revolucionario tiene sus límites, y todavía no hay ninguna ley que prohíba á los españoles tener memoria.

Todavía están demasiado recientes los sucesos para vestidos á la revolucionaria, y el ardor de cómplice con que procuras ¡oh *Epoca* amable! extrañar la conciencia pública en el escrutinio de los verdaderos autores de las ruinas que cubre el suelo de la patria; es prematuro.

Si pierdes la reputacion de hábil é intencionada con que te esponjan los diarios de la hampa, ¿qué es lo que te queda?

Y es lástima, porque la suerte de prestidigitacion que has ensayado era digna de tí.

La situacion debería regalarte una barricada de piedras preciosas, por haber pretendido ejecutar á la vista este magnífico escamoteo de historia contemporánea; pero haciendo justicia á la osadía del intento, debo participarte que no es práctico.

Por más que sudas y charles, moviendo tus cubiletes y sacando siempre debajo á los neo-católicos, el público vé que se te salen por todas las costuras los reos del delito: Serrano, Dulce, Posada, Vega Armijo, los Conchas; los amigos predilectos de toda tu vida, los políticos de quienes fuiste siempre el digno porta-pendon.

¡Serrano!

¡Dulce!

¡Posada!

¡Los Conchas!

Toda la historia de los últimos quince años se halla encerrada dentro de estos cinco nombres inflamados de libertad.

¿Quién te mete ¡oh *Epoca*! á hacer escarceos con semejantes cinco tomos de historia debajo del brazo?

Espera, para sostener tesis tan atrevidas, á que el Saladero acabe de emanciparse y pueda sentar en el banquillo á la audiencia territorial.

CARTA DE SATANÁS

AL PRESIDENTE DEL PODER EJECUTIVO.

Aunque profeso horror al incensario, quiero cantar tu gloria en son festivo; y por más que le pese á Lorenzana, mojo en lava las uñas y te escribo sobre el cuero de un pobre voluntario que ha llegado á mi reino esta mañana

Tú y los demás señores que forman el Poder ejecutivo, me haceis grandes favores

y, ya que los recibo, quiero daros las gracias expresivo; pues aunque encuentres mi lenguaje neo, hallo la ingratitud pecado feo.

Yo me esponjo y me ensancho al ver que en mi provecho te recreas; á tu sombra se encienden mis ideas y es tu brazo mi gancho, pues sigues de tal modo mi consejo que parece que estoy en tu pellejo.

Desde que secundais mis intenciones todo en España en mi favor conspira; son risibles sofismas las razones, el que piensa con juicio es quien delira, son timbres las traiciones, los errores son ciencia,

la verdad que florece es la mentira, y el estómago hambriento es la conciencia, Se jugó la partida, venció el terno, y la España con honra es un infierno.

El que menos lo piensa paga el pato
y el que nada arriesgó no pierde nada:
si os hallais como tres en un zapato,
por no encontrar un rey bueno y barato,
no os apureis, que al fin de la jornada
saldrá monsieur Martin con la embajada
de buscar en mi reino un candidato.

Y aquí lo encontrará; yo te lo fio:
pues vuestra insigne hazaña,
aumentando mi nombre y poderío,
extendió mis dominios por España,
quiero en mis uñas conservar el lio
y seguir enredando la maraña:
mientras busco monarca entre mi gente,
yo puedo ser el rey, tú mi regente;

Si quieres este plan poner por obra
sigue como hasta aquí, pues basta y sobra.

Acostumbra á la holganza al voluntario,
ampara á Capdevila y Diaz Quintero,
no dejes un a cruz en campanario,
halla si es necesario
en cada muladar un quemadero,
para que en sus alturas
se predi que el degüello de los curas;
tolera en cada esquina
un templo á la virtud de Mesalina,
y al estirar la pierna
puedes contar con mi amistad eterna.

No te quiero cansar; aquí termino
rogándote que digas sin reparo
á cuantos te han seguido en tu camino,
que les ofrezco proteccion y amparo,
y que cuando la danza se concluya
ya saben todos que esta casa es suya.

SATANÁS.

Escrita en mi palacio del infierno,
donde al cabo y al fin hay un gobierno.

Postdata. Dile al conde
que yo nunca le tildo,
aunque sé que se esconde
tras de la cruz de San Hermenegildo.

¿QUÉ PASA?

Pasan los días, y con mayor rapidez aun pasan infinitos sucesos á cual más peregrino. Todo es variacion y movimiento, y á pesar de que andamos tan deprisa el país continúa en el mismo estado.

La revolucion se ha dormido con los ojos abiertos.

Desde que los revolucionarios emprendieron el galope, han corrido siete meses sin descanso, y sin embargo, se encuentran en el mismo lugar de su partida: ¿cómo se explica este fenómeno? Todos hemos oido el duro choque de los clavos, y no obstante, sus herraduras están nuevas.

Parece asunto de balada.

Desnuda estaba España á mediados de Octubre, y en cueros ha pasado el invierno la España con honra. Un ministerio nuevo solo podría ya, para ponerla más ligera, desnudarla del pellejo.

Pero la crisis se ha aplacado. Rivero no es ministro.

El Sr. Lorenzana se ha visto negro al ser blanco por primera vez de intrigas formidables. S. E. ha conseguido por ahora echar tierra al asunto. Seamos justos.

¿Quién se atreveria á sentarse en el sillón que ha ocupado S. E.?

Seria imperdonable que en pago de sus mere-

cimientos, viniese otro con sus manos lavadas á arrebatarse la cartera.

¡Con cuánta pena debió despedirse de aquel despacho de ministro, en que dejaba para siempre su mesa, su tintero y su grasilla!

Para que el Sr. Lorenzana se resigne á continuar en el ministerio, han debido darle razones poderosas.

Prim le habrá dicho:

—Yo soy ministro de la Guerra, y el alcalde de Madrid en un dia de formacion dispone de más fuerzas que las mias.

Figuerola exclamaria por su parte:

—Yo soy ministro sin cartera.

Y Sagasta añadiria:

—Yo reino como una enfermedad, pero no gobierno.

Razones que convencen á cualquiera, y más aun al Sr. Lorenzana, que solo ha disentido de sus tres compañeros en tres cuestiones que no son de principios.

De Sagasta, en su viaje á las aguas de Alhama;

De Figuerola, por su empeño en no abonar ni años de servicio;

Y de Prim, porque suele llevar batidores á la cabeza.

Arreglado este importante negocio, es inútil la dimision del Sr. Tassara, conservando el Sr. Lorenzana *in partibus* solamente su influencia al otro lado del Canal de la Mancha.

Entre tanto, un hábil diplomático, cuyo nombre de pila podrá saber el ministro de Fomento, y de quien se rie la diplomacia europea, bajo el pseudónimo de Mr. Martin, despues de recorrer la Italia buscando un soberano, vuelve á España con el zurrón vacío y apagada la linterna, sin encontrar un padre para los españoles. Mientras no tenga más fortuna D. Martin, será en la gerarquía diplomática un Martín el expósito.

Con tales servidores, el embarazo de D. Salustiano ofrece serios peligros. Hay quien opina que es hinchazon del gran hombre; otros afirman que existe la criatura, y algunos llegan á decir que tiene ya colmillos. La esperanza de los progresistas está en el vientre del Sr. Olózaga; y es tal la impaciencia de todos, que algunos han propuesto calar á D. Salustiano si el parto se retarda.

Mientras esto sucede, los progresistas y demócratas ofrecen á Serrano la regencia. Caso extraño y nunca visto. Los unionistas rehusan un destino. ¿Acaso es poco la regencia?

Pero será preciso que la acepten: así lo ha dispuesto la Tertulia progresista. Si el duque de la Torre se resiste, la historia le llamará Wamba II. Y será regente mientras dure el período interconstitucional que nos atraviesa.

Los candidatos al ministerio revolotean alrededor del Sr. Figuerola, batiendo sus negras alas: el sábio e economista se defiende asustando á amigos y adversarios con la lectura del nuevo presupuesto.

Cuando S. E. subió á la tribuna para recitar la oracion fúnebre de la Hacienda española, los pelos se e rizaban hasta al Sr. Posada Herrera, que á mayor ab undamiento es calvo. Cada partida de presupu esto de gastos, aparece armada de trabucos. Si se aprueba el proyecto de ley, el futuro ministro de Hacienda habrá de colocar un cepillo en cada esquina, se entiende, si hay quien fie los cepillos.

Trescientos aspirantes se disputan la herencia de Lorenzana y Figuerola. Martos, Echegaray y todos los jóvenes aprovechados que bullen en las

Córtes, esperan con la boca abierta un nombramiento. No hay quien desista del propósito de hacernos felices *velis nobis*.

Pero los hombres importantes del gran partido tratan de fortalecerle con un ministerio de notables. Entre los personajes de más talla figura el Sr. Cantero.

Ello es que todos esperan el turno de ministros, y se empujan sin compasion unos á otros, agrupándose á la puerta de los ministerios que están apuntalados. Muchos candidatos forman cola tambien al ministro de Fomento.

El presidente del Poder ejecutivo prodiga para contenerlos sus palabras más melosas: pero ya nadie se contenta con sonrisas. Los tres partidos prensados no caben en el saco.

Armanse á toda prisa los voluntarios de la libertad; el ministro de la Guerra se enfada porque los oficiales del ejército van por todas partes como los arroyos murmurando. *La Correspondencia* ha enmudecido respecto á Montpensier haciéndose la olvidadiza; Montpensier no ofrece ya su espada, ni sus amigos recuerdan aquella herida famosa a cuya cicatriz solo ha visto Santa Ana. Una comision de liberales se ocupa en traducir al castellano el apellido de Hollen Sigmaringen. Los redactores de *La Iberia* dirigen á Portugal miradas de conquista.

Y los de *El Universal* afilan sus navajas de Albacete en el canto dorado de una biblia inglesa.

Todos los loros de la situacion hablan á un tiempo en el Congreso, mientras desde Madrid sueñan algunos en tragarse á Portugal, otros sueñan desde Lisboa en la conquista de España. Las letras de imprenta se convierten en letras de cambio. Los progresistas siguen almorzando en familia. El general Prim continúa dando de comer á sus amigos. Los obreros que no son voluntarios continúan ayunando.

Peroran todos los que tienen lengua y algunos deslenguados. Faltan destinos para cerrar tantas bocas. Faltan monedas para llenar tantos bolsillos.

Los que vinieron á España sin maleta han comprado mundos. Los hombres influyentes han colocado á sus deudos y pagado sus deudas.

Y á pesar de que andamos tan deprisa, el país continúa en el mismo estado, es decir, en el estado primitivo.

El pueblo goza y se divierte: cada giron de sus harapos es una boca que se rie del Gobierno.

Y el Gobierno, arrullado al rumor de las carcajadas, se ha dormido en el brocal de un pozo. No tiene miedo al agua por lo visto.

No es extraño; si el ministerio cayese al agua, daria botes el ministro de Fomento.

FISONOMIA DE LAS SESIONES.

SESION DEL DIA 17.—Una cosa me consuela de que se tarde mucho en hacer la Constitucion para España, y es que aun ha de tardarse más en hacerse una España para esta Constitucion.

A no ser por eso, consideraria el sábado y el domingo últimos como un par de dias lastimosamente desperdiciados. En ellos, ningun orador de los que pierden bríos al mudar de yerbas se ha dado á conocer en la Asamblea constituyente; no ha habido tampoco ni preguntas, ni interpelaciones, ni proposiciones, ni enmiendas, ni siquiera una blasfemia para solaz de los revolucionarios de todos calibres. Han sido dos dias que pudieran figurar entre los festivos, sin los trabajos que ha

costado rehacer ministró á Lorenzana, deshacer regente á Serrano, contrahacer presidente del Consejo á Prim, y hacer todos el diablo á cuatro para dejar las cosas en el ser y estado que tenían antes de que los amigos intentaran engañarse mútua y cordialmente.

Así, pues, patilla y cruzado y vuelta á empezar, como suele decirse entre el vulgo; nueva ascension de Sisifo, nueva tela de araña, nueva filigrana de Olózaga:

«Otra vez á darme, amigo,
la cítara, Fabio, vuelve.»

segun escribia cierto poeta digno de la actual Asamblea; vuelta, en fin, á la discusion de los artículos 32 y 33 para encontrar una forma de gobierno, ya que no sea posible convenirse en gobierno de forma alguna.

En tal estado las cosas—y no hay que buscarles otro hasta que de tanto ir á la fuente se rompa el cántaro—así embrolladas las personas, y es inútil tratar de desembrollarlas, porque todo y todos son puro embrollo—toma la palabra de temporal el diputado Serranclara, y con la cadencia propia de las lluvias primaverales, inunda el terreno parlamentario de palabras favorables al establecimiento de la república.

No quisiera equivocarme; pero creo que este ha sido el quincuagésimo discurso sobre el mismo tema, y naturalmente los diputados buscaron abrigo en los corredores, donde, si bien se habia nublado el sol de la regencia, al menos no llovía república, y en agradable murmuración contra el Poder ejecutivo, se aguardaba la hora de ir á buscar los garbanzos.

Ya están de vuelta los constituyentes; y bien comidos, bien bebidos, y por lo tanto bien dispuestos á conciliar un sueño benéfico para la digestión, al cual se prestaba mucho otro discurso del diputado Gil Berges sobre las excelencias de la república, cabeceaban blandamente los representantes, cuando ocupó la tribuna el angélico Figuerola y empezó á leer el presupuesto de gastos.

No estoy seguro de si despertaron todos los durmientes con el ruido de los *dos mil novecientos ochenta y siete millones de reales* á que asciende el citado presupuesto, sin contar alguno que otro millon que irá saliendo más adelante; la meditación y el sueño que no ronca se confunden en sus actitudes, y no era fácil descubrir si dormían ó meditaban los diputados que estaban cabizbajos ante esta brillante página de la gloriosa revolución de Setiembre. Pero lo que sí puedo afirmar es que Figuerola bajó de la tribuna con una frescura tan majestuosa como magnánima, y que ni á él le asomaron los colores al rostro al decir que el déficit solo sería de unos *ochocientos millones*, ni se sublevaron los bancos, ni echaron á andar las arañas, ni hubo señal alguna que denotase lo portentoso del presupuesto.

Verdad es que esta clase de fenómenos son muy naturales en las revoluciones; así se prueba además que algo debe valer la de Setiembre cuando tanto cuesta.

SESION DEL DIA 18.—Proposición.—Moya aboliendo la mendicidad. Esto á primera vista parece redículo y repugnante; pero bien mirado, no es más que repugnante y ridículo.

Prescindamos de que la pobreza honrada por Jesucristo es difamada por la revolución. Eso es natural en dos conceptos; primeramente porque la revolución es todo lo contrario de Jesucristo, á

quien escupe, y además porque es irresistible el espectáculo de los pobres para quien los hace.

Prescindamos también de que entre otras muchas llagas cancerosas debidas á la revolución, España va á serle deudora del pauperismo. Perseguida la caridad, también se comprende este fenómeno.

Pero allí donde se dá libertad ámplia al vicio, ¿créese el Sr. Moya que puede haber otra cosa que miseria? Los ladrones y las prostitutas que llegan á enriquecerse son muy contados. Además, el calor de las revoluciones seca las fuentes del comercio y la industria, al propio tiempo que el derecho al trabajo, como fuente de la holganza, viene á ser derecho al desorden y á la mendicidad.

Hé aquí el tópicó con que se propone curar la gangrena el Sr. Moya:—«ábranse, dice, establecimientos de beneficencia,» y se queda tan fresco.

O lo que es igual:—«yo, la revolución, desamortizo;—tú, la caridad, creas de nuevo, y yo, la revolución, vuelvo á apoderarme de los bienes de los pobres.»

Es decir, que el bueno del Sr. Moya se propone simplemente descubrir el movimiento continuo.

Entrándose despues en el debate ordinario, la sesión del 18 ofrece no más que lo siguiente:

Sorní, en apoyo de la república, exclama:

—¡Pero si esto de hoy es la república!

¡Vaya una recomendación! ¡Pero si esto es un infierno ridículo, y además lo combaten los republicanos!....

Olózaga, mostrándose patriota gordo, así en las carnes como en el espíritu, primeramente tira lodo á la dinastía caída, y despues la cita en apoyo del principio monárquico, hablando de las ovaciones que le hacían los pueblos.

Olózaga, mostrándose patriota gordo en el espíritu y en las carnes, tiene el valor de afirmar que ni se ha dedicado ni se dedica á la pesca de candidatos. Valor que es compañero inseparable del que, cuando los peligros arrecian, conduce á Vico ó al extranjero.

Olózaga, mostrándose patriota gordo en las carnes y en el espíritu, confiesa que no habria habido revolución sin el ilustre marino Topete.—Esto pudiera ser, sin embargo, una pulla dirigida á Prim y Serrano, porque Olózaga es de suyo *pullero*, y ruego á los cajistas que no empiecen esa palabra con *f*.

Olózaga, en fin, citó el reparto de una dehesa en Nalda, para tener el gusto de poder llamar á los repartidores *republicanos de la dehesa*.

Resumen del debate entre monárquicos y republicanos:—«*Más es ella.*»

Por la noche habló Figueras, se puso colorado Topete, y Olózaga se jactó de su famosa *salve*.

Esta jactancia me hace sospechar, ó que Olózaga se vuelve pronto á París, ó que no hay peligro de trastornos republicanos.

SESION DEL DIA 19.—Muchas rectificaciones y ninguna corrección.

Olózaga asegura que es valiente, y Orense anuncia al nuevo rey bajo la forma del más degollable de los animales.

Sin embargo, lo más admirable de esta sesión es el valor repentino del Sr. Olózaga.

FLAQUEZAS.

El prodigio que la desamortización no ha podido realizar todavía, quiere llevarlo á cabo el Sr. Moya por medio de una proposición de ley.

Conociendo este señor diputado que para que todos seamos ricos es necesario que no haya ningun pobre, pide á la Asamblea la abolición de la mendicidad. El Sr. Moya, sin saberlo, va tras de su propia abolición, porque el Sr. Moya no es más que un pobre diablo: mejor dicho, un pobrete.

Y el caso es que la proposición del Sr. Moya, diputado ministerial, es un ataque directo á Figuerola. Si pobre es el que mendiga, nadie más mendigo que Figuerola.

Los pobres que piden limosna por la calle, encuentran siempre algun alma caritativa que los socorra.

El Sr. Figuerola no encuentra nadie que le dé un cuarto.

Con otra diferencia, y es, que no solo no le dan, sino que le toman.

Ahora bien:

¿Qué quiere el Sr. Moya?

¿Que á Figuerola se le confine en San Bernardino? No disputaremos la casa en que deba ser encerrado.

El Sr. Moya abre á los pobres el tesoro de sus lágrimas, y solloza estas palabras:

«Lo que más debe llamar nuestra atención son, sobre todo, los niños. Los pobres niños abandonados á los horrores de la miseria; entregados á los vicios inherentes á este estado miserable, siendo, en fin, el plantel en donde se reclutan los grandes criminales.»

El Sr. Sorní, contestando al Sr. Olózaga:

«¿Decís que dónde estaba ese medio millon de republicanos? Pues estaban en las cárceles, en los presidios.....»

El medio que propone el Sr. Moya para abolir la mendicidad, es la creación de asilos de beneficencia.

Vamos á cuentas:

La revolución se incautó de los bienes legados á los establecimientos de beneficencia por la caridad cristiana.

¿Cómo quiere el Sr. Moya que la revolución se quite el bocado de la boca para dárselo á los pobres?

Pero si la revolución no puede dar limosna, en cambio puede dar fusiles para que los pobres se busquen la vida.

Con la mitad de lo que cuesta el armamento de los voluntarios de la libertad, habia para socorrer los establecimientos de beneficencia donde los pobres se mueren de hambre.

Sin embargo, no hay necesidad de desarmar á esos pobres hombres.

Los mendigos son ciudadanos; como ciudadanos, tienen el derecho de reunion; reuniéndose, se juntan; juntándose, forman ayuntamiento.

Ahora bien: formando ayuntamiento, estén Vds. seguros de que no se morirán de hambre.

Confiesa el Sr. Olózaga que fué miliciano nacional antes de tener edad para ello.

Es decir, que fué miliciano nacional antes de tener uso de razón.

Solamente así se puede ser miliciano nacional.

Dice el Sr. Olózaga que la revolución es obra exclusiva de Topete.

O lo que es igual:

La invasión sarracena fué obra exclusiva del conde D. Julian.

Pero el Sr. Olózaga no ha sido justo: á quien realmente se debe la revolución es al duque de Montpensier.

La verdad es que la revolución de Setiembre tiene este doble brillo:

Por una parte, brilla el acero de Topete;
Y por la otra, el oro de Montpensier.

La revolución todo lo puede.

Puede hacer un presupuesto de tres mil millones. Puede hacer ilustre á Topete.

Puede hasta desaparecer de la noche á la mañana.

Lo único que no puede es encontrar un rey en quien depositar su soberanía.

Jamás el castigo siguió tan de cerca al delito.

Hace ocho meses nació la revolución gritando: ¡Muera el rey!

Hoy se ahoga por no poder gritar: ¡Viva el rey!

Es decir:

El rey fué víctima;

El rey es un verdugo.

ULTIMA HORA.

No se sabe con qué objeto ha preguntado el señor Ruiz Zorrilla al segundo jefe de su batallón cuál es el Cabo Verde.

MADRID.—1869.

Imprenta de J. Rivera, Molino de Viento, 13, principal.